

**E**l general Jorge Videla se atusó el innoble bigote y preguntó al esbirro Cinco:  
 —¿Tenés al Haroldo Conti?  
 —Sí, mi general.  
 —¿Sabés algo de él?  
 —No es militante mi general, pero es un intelectual que simpatiza con el comunismo. Fue dos veces jurado en la Casa de las Américas y el boludo se ganó el Premio de Novela en 1975, en La Habana.  
 —¿Y vos decís que no es militante! Debe saber mucho ese Conti, trabajalo a conciencia.  
 —Sí mi general.  
 Haroldo, hermano: Haroldo Conti, como lo hiciste, che, que te han perdido, que te hemos perdido, que te nos has desaparecido, Haroldo, pibe, página par y magistral de la que uno se siente página impar por escribir. Y nunca más se supo, ay don Videla, y nun-

dolor por la injusticia en los puños apretados  
 huella en la ruta ensangrentada  
 pureza en la sonrisa de nuestro hijo  
 sueño en las semillas fecundadas  
 fuerza al azotar la Sudestada a nuestro río  
 angustia en el palpitante de la paloma herida  
 adiós en mi dolor por la partida  
 triunfo en la razón de los iluminados  
 mano en la espuma que juega con la arena  
 brazo en las ramas del Alamo Carolina  
 lágrima en las pálidas mejillas de la luna  
 voz en el tronar de los fusiles  
 asombro en cada amanecer  
 palabra en el grito Libertad  
 furia ante el crimen del tirano  
 ternura al cantar los pájaros errantes  
 memoria en la obra genial que no parece  
 tristeza en la danza genial de los caracoles  
 mensaje en los brazos que agitan tu bandera  
 vida, amor mío, en mi propia vida. (\*\*\*)

punzaba aquí y allá, preferentemente en el unigénito, con una pértiga que remataba en una púa. Cuando le tocaba el unigénito, que se encogía como pasa, sentía que se vaciaba por dentro, que vibraban y se encendían un millón de finos alambres. Otro gorila con un uniforme recubierto de abundante y dorada pasamanería y unos bigotes de morsa que se frotaba sin parar recitaba cada cinco minutos las siguientes preguntas: (\*\*)  
 —¿Ya se murió?  
 —Todavía no, mi general.  
 —Que no se vaya a morir sin hablar  
 —advirtió el general del innoble bigote, con acento feroz.

**C**ON otra gente, siempre con otra gente en vida, de por vida, vagabundo, bohemio, golfo, mal hombre, poeta, como en los libros Buenos Aires me ha sabido a Buenos Aires. Haroldo de Chacabuco, hijo de los años veinte, cuando Oliverio Girondo y Martín Fernández eran vanguardia en la capital, licenciado y novelista, docente y discente, dado a cines y a teatros, dado a premios conociste la gloria veracruzana y la gloria cubana y la gloria catalana tu prosa hizo crisis en Crisis, de ti nos venía el sudeste de todos los veranos, y en mayo del 76, andarín de tu órbita, andariego cansino de tu ciudad, flaneur crepuscular de Buenos Aires, ya se te vio entre dictaduras y secuestros, minado por los torturadores, sencillamente enfermo. (\*)

Esta vez los alambres enrojecieron y se quebraron en otros mil pedazos que se le clavaron en la carne. Oreste cerró los ojos, apretó los dientes y, con los pulmones llenos de fuego, sintió que se sacudía hasta el mismo catre. (\*\*)

Buenos Aires, julio de 1976.

Cuando las palabras no pueden ser más dignas que el silencio, más vale callarse. Estamos obligados a entregar en la Casa Rosada, las pruebas de galera y de páginas de la revista.

—Esto no va, esto tampoco —nos dicen. Así fue la última reunión con los militares: habíamos ido Vicente y yo; después de discutir durante una hora sobre el material de la revista, hablamos de Haroldo Conti.

—El es un redactor de Crisis —dijimos— lo han secuestrado y no se sabe nada. Ustedes nos dicen que no está detenido y que el gobierno no tiene nada que ver. ¿Por qué no nos permiten publicar la noticia? La prohibición puede prestarse a interpretaciones torcidas, ustedes saben que en el exterior hay gente mal pensada que...

—¿Tienen alguna queja de nosotros? —nos preguntó el capitán— los hemos tratado siempre con corrección. Los hemos recibido, los hemos escuchado, para eso estamos aquí y esa es nuestra función en el gobierno. Pero les advertimos: este país está en guerra, y si nosotros nos encontramos en otro terreno, el trato sería bien distinto.  
 Toqué la rodilla de mi compañero.

“**VAMOS** Vicente, que se hace tarde —le dije. Caminamos, lentos, por la Plaza de Mayo. En medio de la Plaza nos quedamos parados un largo rato sin mirarnos. Había un cielo limpio y un bullicio de gente entre palomas. El sol arrancaba destellos al verdín de las cúpulas de cobre. No hablamos nada. Nos metimos en un café a beber una copa y ninguno de los dos se animaba a decir:

—Esto significa que Haroldo está muerto ¿no?

Por miedo de que el otro dijera: (\*\*\*\*)

Sí.

(\*) Fragmentos de Spleen de Madrid, de Francisco Umbral, “El País” Madrid, IV-5-79

(\*\*) Fragmento de Mascaró, el Cazador Americano”, Novela, Premio Casa de las Américas, 1975. Haroldo Conti.

(\*\*\*) “Mascaró”, poema inédito de Marta Conti.

(\*\*\*\*) Fragmento de “Días y noches de amor y de guerra”. Eduardo Galiano, Premio Testimonio. Casa de las Américas 1978.

# conti, in memoriam

por Gonzalo Martré

ca más se supo de este Haroldo, cuyo nombre panzudo me sonaba a Bertoldo, aquel bufón de infancia leído en las bibliotecas municipales, y un poco Bertoldo eras, ay Haroldo, Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno, un poco alapatallana, dejado de ti mismo, ay huevón, caminante diurno, paseante nocturno, transeúnte puro, zascandil de Buenos Aires, mera peatonoalidad de la raza de los flaneurs, Poe caminando solo, Baudelaire caminando solo, tú caminando solo, Haroldo Conti, y ese primazgo italiano que te asoma al apellido, golfo de uno y otro Palermo, escritor mágico y prosaico, secuestrado viandante del mito de la gran ciudad. (\*)

**O**RESTE despertó detrás de una reja. En el primer momento creyó que, como ocurría al final de la visita del señor Tesoro, estaba en la jaula del chimpancé. Cambió de idea cuando apareció un gorila con uniforme de rural y sin decir palabra lo molió minuciosamente a palos. El tratamiento duró varios días, o meses o tal vez años. El gorila reaparecía a cualquier hora y lo golpeaba con idéntica prolijidad.

Oreste hasta llegó a acostumbrarse. Los golpes tenían un ritmo, sucedían ordenadamente, no se precipitaban, y él los acompañaba con el cuerpo. Pecho, cabeza, espalda, pecho, cabeza, espalda. Un, dos, un dos, un dos... (\*\*)

Encuentro tu alma en el libre vuelo de las gaviotas amor en el resplandor de las estrellas mirada en las aguas del océano figura en el camino señalado

El general del innoble bigote preguntó al esbirro Cinco:

—¿Qué sabés del Conti ese?

—Nació en Chacabuco, provincia de Buenos Aires en 1925. Se graduó en Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires. Su actividad cultural no estuvo limitada a su condición de novelista, sino que desarrolló una intensa labor en el teatro, el cine y la docencia. Mereció entre otros los siguientes premios: Premio Revista Life (1960), Premio Fabril de Narrativa (1962), Premio Municipal (1964), Premio de la Universidad Veracruzana (1966), Premio Barral Editor (1971) y Premio Casa de las Américas (1975). En los últimos tiempos fue colaborador de la revista “Crisis” (que ya liquidamos, mi general), entre sus obras figuran Sudeste (novela), Todos los veranos (cuentos), Alrededor de la jaula (novela), Con otra gente (cuentos) y Mascaró, el Cazador Americano, (novela) ésta muy subversiva, mi general.

—¡Basta! Eso no me interesa. ¿Qué hay de sus ligas con el castrocomunismo; ya cantó?

—Aún no, mi general.

—¡Denle duro y tupido!

**C**OMO me emocionó a mí este escritor, cómo me hermanó su vagabundeo de la ciudad, su cachaza lírica, su tardanza de pantalón un poco caído, Clodomiro genial en la tarde rosa de Buenos Aires. Hoy se cumplen tres años de tu secuestro, Haroldo, huevón, por qué te distrajiste, boludo, vos ves lo que ahora pasa, ya te dije, te volverías a mirar un culo, como dentro de tus novelas, un culo de muchacha arregladita, y así te echaron mano, viejo así el guante de goma y de calambre te cogió las solapas, tus solapas, siempre las imagino un poco vueltas para afuera, como las de algunos de tus personajes: solapas de paria, de piernas, de boludo nomás, de huevón a quien todo el mundo agarra de las solapas, a quien los meses y las inmobiliarias y los esquineros zarandean por las solapas. Peor que muerto estás, Haroldo, que estar desaparecido y más y peor que estar muerto. (\*)

Otro día u otro año los transportaron a una salita bien iluminada, lo recostaron en un catre, lo amarraron de pies y manos, seguramente para que reposara con absoluta seguridad temiendo que en su estado de fantasía rodara al suelo, y cuando estaba a punto de dormirse tuvo la fuerte impresión de que se transformaba en una lamparita de 150W. Abrió los ojos y vio que otro gorila lo